

LIBRO NOVENO

ARABIA.—Mahoma.—El islam.—Los Califas.—Conquistas.—ESPAÑA.—Los moros.—IMPERIO GRIEGO.— Los Iconoclastas.—FRANCIA.—Los mayordomos.—Segunda raza.—Carlomagno.—ITALIA.—Caída de los longobardos.—Poder temporal de los papas.—Renovación del imperio de Occidente.—CHINA. Dinastías V. VII.—Budismo.—Tíbet.

CAPÍTULO PRIMERO

ARABIA.

La Arabia.—El Asia occidental avanza desde la Siria hasta el Océano Indico en un vasto trapezoido, unido á Egipto por el istmo de Suez, y bañado al Oeste por el mar Rojo, al Este por el Éufrates, que forma su límite hacia la Persia y desemboca en el golfo Pérsico. Probablemente llamaron los griegos mar Rojo al seno Arábigo del nombre de Idumea, que tiene el mismo significado: así mismo le llamaban los hebreos *Bar-souphi*, á causa de las bellas algas de que se cubre á veces. Una cordillera de montañas, que le es casi paralela, se extiende desde el Líbano hasta la estremidad del golfo, y sus cimas reciben las lluvias regulares que comienzan á fines de junio, y acaban á fines de setiembre (1): el resto de la península no tiene lagos

ni rios; los torrentes que se precipitan desde los montes y se pierden en los guijarros, no merecen el nombre de tales. Las lluvias son escasas y periódicas; y durante inmensos espacios de áridas

trabajo titulado *Influencia del mahometismo sobre el espíritu, las costumbres, el gobierno de los pueblos, entre los cuales se divulgó en los primeros siglos de la Egipto*.

Son historias especiales:

EUTIQUTO.—*Said Ebn Batrik annales*, ed. Pococke, Oxford, 1658-1659, 3 tomos.

GREG. ABULPHARAGIUS.—(Abu 'l Faradsch), *sive Bar Hebraeus chron. syriac.* Leipzig, 1788, 2 tomos.

POCOCKE.—*Specimen historie Arabum in linguam latinam conversum*, 6 sea de origine et moribus Arabum, Oxford, 1806.

ABU 'L FEDA.—*Historia anteislámica*, Leipzig, 2831. Tuvo á la vista los autores más afamados, Attiro, Mascube, Amavi, Calican, Eben, Mansur, Sanaggi, Omza, Gemaledin, etc.

ALB. SCHULTENS.—*Monumenta antiquissima historie arabum*, Leida 1749.

Historia imp. vetustissimi Fektanidarum in Arabia Felice, ex Abu 'l Feda, Hamza, Novairi, Taberita et Masoudi excerpta. Harderwik, 1786.

LASSEN RASMUSSEN.—*Hist. p. zepuorum Arabum regnorum ante Islamismum*. Copenhagen, 1817.

JOHANNSSER.—*Historia Hiemanae*. Bona, 1828.

T. G. EICHORN, *Über das Reich Hira*.

Monseñor Joguet, prefecto apostólico de la Arabia, publicó en la *Universidad Católica*, 1847, una noticia acerca de los orígenes, el estado primitivo y el estado religioso actual

(1) Falta todavía una colección general de los historiadores árabes, persas y sirios. Entre tanto pueden consultarse

D. HERBELOT.—*Bibliotheca orientalis*. Paris, 1783, 6 tomos.

J. S. ASSEMANI.—*Bibliotheca orientalis Clementino-vaticana*. Roma, 1719-1728, 3 tomos. De *Arabum origine ac religione* (*Corpus hist. bysantinae, et venetae*, tomo XXIX).

Monumenta antiquissima historiae Arabum. Gotha, 1775. Noticias y extractos de algunos manuscritos de la *Bibliotheca del Rey y otras bibliotecas*, publicados por el *Instituto real de Francia*. Paris, 1787-1832 y siguientes. Silvestre de Sacy insertó allí muchos de sus excelentes trabajos sobre los árabes, así como en las *Memorias de la Academia*.

José Hammer y otros han publicado en los *Fundgruben des Orients*, importantísimas relaciones, y especialmente un

arenas, movibles al impulso de todos los vientos, tanto, que se necesita de la brújula para ver el rumbo que conviene seguir; no hay allí un árbol ni un matorral que recree al viajero, afligido por aquella uniforme esterilidad y por un cielo siempre sereno é inflamado, que á veces aumenta el martirio de su sed, engañándole con la lejana apariencia de aguas y de lagos. A veces también le acomete el viento *simun*, le sofoca y sepulta bajo olas de arena su cadáver hinchado hasta la deformidad. El árabe, que se apercibe de la aproximación de esta plaga por lo pesado y sulfuroso del aire que respira, se tiende con el rostro junto á la tierra, imitando á los animales que bajan su cabeza hasta que pasa el mortífero torbellino; semejante al justo perseguido que se inclina y detiene el aliento, hasta que hayan transcurrido los días de triunfo del malvado.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, se encuentran en aquellas arenosas soledades pozos que la desinteresada caridad de los mayores abrió para sus perezosos nietos, ó islas de lujoso verdor donde brotan cristalinas fuentes, cuya frescura da alimento á un gran número de dátiles, palmas,

de la Arabia. Han salido á luz en estos últimos años muchos escritos sobre esta materia, entre los cuales citaremos á

CAUSSIN DE PERCEVAL.—*Ensayo sobre la historia de los árabes antes del islamismo, durante la época de Mahoma, y hasta la reducción de todas las tribus bajo la lengua musulmana*. París, 1848. 3 tomos en 8.^o

FULGENCIO FRESNEL.—*Cartas sobre la historia antigua de los árabes*. París, 1837.

GRANGERET, *Antología árabe*.

TYCHSEN.—*De poesías Arabum origine et indole antiquissima en los Nuevos comentarios de la sociedad de Gotinga*. Han hecho excelentes trabajos sobre la lengua árabe Sacy, Kosegarten, Golius, Ewald, Rosenmuller, Wilmet, Freytag, Reinaud, Caussin de Perceval. Este último ha publicado una gramática árabe. París, 1823.

La descripción del país por CARSTEN NIEBUHR, aunque la primera, es también la más exacta y detallada. Signen ALI BEY, nombre del español Badia.

WELLSTED.—*Viaje á la costa de Oman*. Londres, 1838.

JOSEPH BEN KHALIDOUN, llamado el Montesquien de los árabes. *Historia del Africa árabe bajo la dinastía de los Aglabitas*. Fué traducida al francés por Noel Desvergers. El abate Arri, piemontés, estrajo de esta obra muchas noticias sobre la antigua historia de los persas, griegos, hebreos, romanos, coptos, árabes, godos, etc.

LEON DE LABORDE Y LINNANT.—*Viaje á la Arabia Petrea*. París, 1830.

MAURICIO TAMISIER.—*Viaje á la Arabia. Permanencia en el Hedjaz, Campaña de Assir*. París, 1839, 2 tomos.

A la traducción francesa de Burckhardt ha agregado Eyries importantes consideraciones acerca de la geografía árabe, y la historia de los vahabitas después de la muerte de Burckhardt.

CARLOS FORSTER, *Geog. histórica de la Arabia*, en inglés 1843.

Además de los citados en el curso de este capítulo, véase tomo I, págs. XXX y XXXI.

cocos, mimosas, y sostiene la fragancia de la azucena y de la grande escila.

Así como son estas las islas de aquellos mares de arena, su nave es el camello de una sola corcova. Conductor sufridísimo, acostumbrado al hambre, á la sed, á la fatiga, bastan para humedecer un poco su lengua algún arbusto salino y graso, el aloés, el mesembriantemo, la sosa, los venenosos euforbios: reanimado luego por el canto de su conductor vuelve á emprender la marcha con nuevo vigor, y llega al término de su viaje salvando de la muerte á su amo, á quien la sed devora. Vive hasta cuarenta años, se utilizan todas sus partes: su carne es buena de comer mientras es joven: siempre es excelente la leche de la camella: el árabe hace vestidos de su piel y estraee de sus orines una sal preciosa: con su excremento alimenta su lumbre, y mientras pone allí á tostar sus parcas tortas, y uno de sus compañeros cuenta sus belicosas hazañas, otro sus aventuras amorosas, el camello, echado sobre sus cuatro patas plegadas bajo su vientre, alarga la cabeza por entre los barbudos rostros de los oyentes, como si tomara parte en la atención común y en las impresiones de su amo.

Igual afecto y mayor veneración se profesa al caballo, compañero inseparable del árabe, que conserva la genealogía de su corcel con tanto esmero como la suya propia; dichoso el que posee uno de la raza de los *koclanes*, descendiente por línea recta de los caballos padres de Salomón ó de las cinco yeguas del Profeta. Si nace un potro de aquella noble sangre, es para el árabe una ocasión de fiesta, cual si se tratara de un acontecimiento nacional: le cria con sus hijos y con no menor cuidado; le habla, le ama como á sus mujeres, como á su palmera natal: cuenta sus carreras célebres, sus actos de intrepidez; si llega á morir, le llora como á un amigo muy amado (2). No hay

(2) Dividen los árabes á sus caballos en dos grandes especies: los *faras hadises* ó caballos de raza desconocida, y los *faras koclanes*, caballos cuya genealogía escrita se remonta á más de dos mil años; no son los *kadises* más estimados que nuestros caballos europeos: sirven para transportar cargas y para los trabajos ordinarios. Estimadísimos son los *koclanes*, destinados únicamente á la silla, y de consiguiente cuestan muy caros. Son excelentes para la fatiga y pasan días enteros sin probar el menor alimento. Los árabes, á semejanza de ciertos tártaros usbekos, tienen costumbre de sujetar á sus caballos de raza noble á una prueba en que sucumben algunos. Disminuyen gradualmente su alimento hasta el punto de no darles más que un puñado de cebada en veinte y cuatro horas.

Además, el caballo *koclan* está dotado de un gran valor para arrojarle sobre el enemigo; se asegura que cuando está herido y conoce que no puede sostener á su jinete, se aparta de la refriega para dejarle en lugar seguro; si cae el que lo monta, permanece el *koclan* á su lado, y no deja de relinchar hasta que llegan á socorrerle. No se halla la patria del caballo *koclan* en la parte árida de la Arabia, sino en el Yemen y en las inmediaciones de la Siria, del Irak y del Egipto.

porqué estrañarle. Para una nación avezada á una guerra de merodeadores á trasladarse á grandes distancias para sorprender un campo ó una caravana, y á huir como un relámpago en caso de apuro ¿hay cosa de más valor que un caballo que, sin pararse, sin comer ni beber, anda sesenta ú ochenta millas?

Hasta el asno, cuyo vigor tiene también su utilidad para transportar cargas, como también su agilidad para el servicio militar, es comparado á los héroes en medio de quienes combate.

Divisiones.—Ningun nombre general designaba á la península antiguamente, siendo particulares los de Sabá y Dedan, empleados por la Biblia, como los nombres actuales de Hedjaz y de Yemen, que son atribuidos unas veces á la parte ocupada por los turcos y otras al país entero. Ya antes de Jesucristo se distinguían allí tres naciones: los sabeos al Mediodía, los ismaelitas ó agarenos en el centro, los sarracenos al Norte (3). No sería posible deducir una división del país más que del nombre de las diferentes tribus: es evidente que la de Tolomeo en Arabia *Desierta, Petrea y Feliz* es completamente caprichosa. Mejor inspirados los geógrafos orientales la dividen en seis comar-

El *koclan*, llamado *gelfe*, trae su origen del Yemen; aventaja á los demás en la carrera y en las lides, es agilísimo, todo fuego, sobre toda ponderación infatigable, aguanta el hambre y la sed: es, sin embargo, dócil como un cordero, no cocea ni muerde nunca. Es necesario alimentarle escasamente y tenerle en continuo movimiento. No es la estampa de esta raza la más bella, aunque si indisputablemente la mejor especie de caballos del mundo, y los inteligentes la distinguen al primer golpe de vista.

Tienen costumbre los árabes de conservar desde los tiempos más remotos la genealogía de las razas *koclanas*; y para probar la regularidad de las filiaciones, nunca es cubierta una yegua sino en presencia de testigos jurídicos. Aunque los árabes no tienen siempre á caso de conciencia ser perjuros, son escrupulosísimos en esta materia, y no hay ejemplo de que se haya dado un falso testimonio sobre el nacimiento de un caballo. Un árabe abriga la convicción íntima de que quedaria deshonrado con toda su familia si no declarara la verdad en asunto de tanta importancia.

Cuando un extranjero posee una yegua *koclan* y quiere que la cubra un caballo padre de la misma raza, tiene obligación de citar á un testigo árabe, que permanece veinte días á su lado para asegurarse de que no ha sido deshonrada por ningún caballo vulgar, pues ella no debe ver ni aun de lejos á un caballo ni á un asno. El mismo árabe debe hallarse presente en el momento del parto; y en los siete días siguientes se forma el acta jurídica del nacimiento del potro *koclan*. Si hay cruzamiento de dos razas, el potro se considera como perteneciente á la raza inferior.

(3) Es de sentir que Herodoto no describiera la Arabia. El nombre de sarracenos significa según el distinto modo de pronunciarlo: orientales, ladrones ó palafreneros, (*scorchian, sarikin, serragin*.) Habitaban probablemente el Chiahar ó el desierto de Sahara. Los turcos y los persas llaman todavía á los nómadas *Ssahraniscin* ó habitantes de las arenas. Llamábanse orientales por oposición á los magrebinos occidentales.

cas: el Hedjaz, territorio de una esterilidad deplorable, es frecuentado únicamente por los peregrinos que se dirigen á la Meca; desde allí hasta el mar de la India se dilata junto al golfo Arábigo el Yemen de los sabeos: al Mediodía del Yemen baña las orillas del Adramot el mar de la India: llámase Oman la punta más meridional de la península: el Lahsa (Agiar) se estiende junto al golfo Pérsico, donde también están situadas las islas Bahrein, buscadas á causa de la pesca de las perlas: en el centro de la península está el Nedjet, país desconocido antes de la expedición contra los vahabitas, y que hacia el Norte confina con el desierto de Scham ó de Siria, y hacia el Este con el de la Arabia (4). Esta inmensidad de arenas incultas ocupa un espacio de ochocientas cincuenta millas sobre mil y quinientas, desde el Éufrates hasta el seno Arábigo y desde Egipto hasta el golfo Pérsico, sin que la interrumpen montes ni ríos, ó vestigios de seres vivos. En todas partes reina una muda esterilidad, y solo de tiempo en tiempo germinan la coluquintida, los apócinos lechosos, y algunos arbustos, como las rosas de Jericó, el tamarindo, el espino de Egipto que destila la goma arábica, el ban cuyos frutos exprimidos dan la mirra, y uno que otro alcaparro ó matorral de algodouero y de leandro.

Tradiciones augustas atraen á los curiosos y á los devotos á la península situada entre los golfos de Suez y de Ailah (*Aelana*), desde donde se hacían á la vela en otro tiempo las escuadras de Salomón para Ofir, y desde donde parten actualmente los peregrinos de la Meca. En el desierto limítrofe, memorable por la larga peregrinación del emancipado Israel, tanto los cristianos como los judíos y los musulmanes van con igual veneración á visitar el terrible monte Sinaí. Colocaban los romanos entre Egipto y Palestina, antigua residencia de los edomitas, amalectas y moabitas, la tercera Palestina. En nuestros días han sido visitadas las ruinas de Petra, su capital, y se han encontrado centenares de sepulcros abiertos en troncos de árbol y monumentos de una arquitectura original y rica.

Productos.—El Yemen ha debido su nombre de Feliz á sus valles, regados por torrentes, á sus fértiles llanuras donde ostenta la vegetación más útil sus ricos tesoros: crecen allí el banano, el betel y

(4) Jomard (*Estudios geográficos é históricos sobre la Arabia seguidos de la relación del viaje de Mohammed Ali al Fazogl*, etc. París, 1839) circunscribe la Arabia entre el mar de las Indias, los dos golfos, y una línea tirada desde el Ras Mohammed hasta las embocaduras del Éufrates, escluyendo así la Arabia Petrea y la Desierta, y dividiéndola según Edrisi, en ocho regiones, del Oriente al Occidente: Mahrah, El-Oman, el Haza ó Bahrein, El-Ahgaf, el Hadramaut, el Nedjed, el Yemen, el Hedjaz. La provincia de A' Sir puede decirse que no era conocida hasta la descripción que de ella ha hecho mención Jomard.

la nuez moscada, el melon, el pepino, la higuera infernal, la planta de sen, el estoraque, el sésamo olorífico y el tamarindo que ofrece á la vez un golpe de vista hermoso, una sombra espesa y una bebida picante. Allí se crían también el algodone-ro y el añil, que suministran materia y color al vestido del beduino: el arbusto que deja caer, cuando se le sacude, el gustoso maná: aquellos de donde se desprende el incienso, el láudano, el galbano, la acacia de ancho parasol, la caña de azúcar, que trasplantada de allí á Siria, pasó á Sicilia y luego fué á multiplicarse en América; y más precioso que todos los demás, el árbol de bálsamo, la palmera y el café. No es menos bienhechora la palma para el árabe que el cocotero para el indio y el árbol del pan para el habitante de la Oceania, porque su verdura ameniza las adustas soledades, su tronco sirve para la construcción de las casas, sus fibras suministran la borra, sus hojas brindan sombra, su médula un caldo alimenticio y un manjar sustancioso, sus racimos de dátiles. El café, de uso muy común entre los modernos, fué desconocido por los antiguos hasta el momento en que la devoción sugirió á un musulmán la idea de emplearlo como remedio contra el sueño. En breve se apoderó de él la sensualidad para sustituirlo al vino en los países donde su bebida es cosa vedada, y en todos los demás puntos para halagar el gusto. Esta semilla se cultiva actualmente en la vertiente occidental de todas las montañas que atraviesan el Yemen; pero el café más estimado viene de los países de Aden, de Kusma y de Guebi á los puertos de Moka y de Alepo, desde donde va á embellecer el sueño de los orientales y á ahuyentar el de los europeos. Cógese el incienso en la costa del Sudoeste en terrenos arcillosos y nitrosos, destinado á los braseros de los asiáticos y á los turibulos de los cristianos. En esta comarca prosperan también el trigo, la dura, el maíz, el alforfón, la cebada, los pastos para los corceles, las habas para las acémilas, el añil y el achiote de que usan los tintoreros.

Bajo un cielo de una temperatura siempre propicia no exige el cultivo otro esmero que el de dirigir hacia los campos algún caudal de agua, elemento más precioso allí que en cualquiera otra parte. Sin embargo, á menudo tala la cosecha la langosta: por lo cual se venera en el país á una especie de tordo que anualmente va de la Persia Oriental á hacerle la guerra. Algunas especies de éstos son objeto de golosina para el árabe, que sale asimismo á cazar perdices á la llanura, pintadas á los bosques, faisanes á las montañas, y á desenterrar en el desierto los huevos que el avestruz deposita y empolla en la arena. Pero más frecuentemente se contenta su sobriedad con un puñado de harina amasada, cocida sobre el estiércol de su camello; y hace una regalada comida si puede adquirir pan de dura, leche de camella, aceite, manteca y sebo.

Llevaban los árabes el onix, la ágata, la corna-

lina, el sucino, el berilo, el topacio, á los pueblos más adelantados que ellos en civilización ó que gastaban más lujo. Alejandria y Roma recibían de ellos los aromas, el marfil, los vasos murrinos, que sacaban de la India, de la Caramania y de la Sérica. La repugnancia de los egipcios al mar hizo que los árabes se dedicaran á la navegación; y en toscas piraguas, buscaban las islas de la India, y quizá también el Africa oriental, mediante una travesía en extremo larga y penosa, por ignorar la dirección de los vientos. En el puerto de Djedda recibían cuanto produce la Abisinia y el Africa central, y lo llevaban á través de la península, haciendo alto en la Meca, hasta Djerra, ciudad construida de sal gema, donde juntamente con las perlas del golfo Arábigo, lo convoyaban hasta la embocadura del Éufrates. Dirigiéndose otros anualmente desde el Yemen á la Siria, ahorraban á los bajeles de la India una navegación peligrosa por el mar Rojo y el temible estrecho de la Muerte (*Bab-el-Mandeb*).

Caravanas.—Hacíanse los viajes por tierra, cual se hacen todavía ahora, en caravanas (5). Un jefe (*caravan bachi*) que dirige la marcha, determina los puntos de parada, resuelve con los principales viajeros las disputas que se suscitan, fija la parte que á cada uno toca en los gastos comunes, y percibe el escote. Cuando el calor lo permite se procura llegar á las paradas mientras aun es de día para poder levantar las tiendas, encender lumbre, condimentar lo que ha de comerse, descargar y colocar las mercancías. Durante la noche velan mercenarios por si se acercan los beduinos, que apelan á toda clase de recursos para estraviar ó dispersar á las caravanas, para asaltarlas en su sueño ó espantar á los camellos asustadizos y entregarse al saqueo á merced del desorden (6).

A la par que en Europa permanece el negociante en su despacho, desde donde dirige sus operaciones en los países más remotos, en Oriente es un viajero que va á buscar las mercancías al lugar que las produce para trasportarlas á los puntos donde son consumidas, arrojando peligros, fatigas y diferentes usos, aprendiendo, refiriendo, comunicando. Así la llegada de una caravana es una fiesta, porque se satisface la curiosidad, al mismo tiempo que las necesidades materiales. Los caminos que siguen son otros tantos canales para la civilización y para toda clase de conocimientos.

(5) De *karoun*, que en árabe significa paso, travesía. El *Kamus* de Firozabadi, diccionario en sesenta volúmenes que se deriva de *kairoven*, partida de mercaderes reunidos para un viaje.

(6) Los viajeros orientales calculan las distancias por jornadas de caravana. Rennel en la *Filosofía transact.* tom. LXXXI, p. 144, determina el espacio que recorre una caravana en 17 millas geog. y $\frac{1}{2}$ cuando va descargada y en 16 y $\frac{1}{2}$ cuando va cargada. Walkenaer (*Investigaciones geográficas sobre el interior del Africa*. Paris, 1821) calcula que es entre 15 millas y 17 y $\frac{1}{2}$.

Actualmente se dirige una caravana á Abisinia, donde se corresponde con otras que desde lo interior de aquella llevan al Cairo goma, polvo de oro, colmillos de elefante, ébano, plumas de avestruz, y principalmente millares de esclavos de ambos sexos, para trocarlos por telas, perlas falsas, coral, armas, vestidos hechos. El tránsito y las paradas de las caravanas son el único recurso de muchas ciudades situadas en la estremidad occidental de la península arábica hasta Medina, edificada en el punto donde llegan á cruzarse las dos caravanas. Desde esta ciudad y por el fértil valle de el-Safra, se llega á la Meca, donde refrescaban los convoyes enviados desde el Africa hacia el golfo Pérsico; y así como hemos visto elevarse los antiguos templos en los puntos de tráfico y trueque, á fin de que el comercio fuera protegido por la religión y favorecido por más crecida concurrencia, en esta ciudad estableció la devoción nacional su santuario. En efecto, las caravanas participan á la vez de religión y de negocio, de interés y de sentimiento: los puntos donde van á parar son lugares de peregrinación y de ferias. Otras ciudades fueron edificadas igualmente en los sitios donde el acaso, el instinto de los animales ó la industria de los hombres descubrió una fuente, ó en la costa del mar Rojo ó en el Yemen, donde las aguas son abundantes, á la par que el resto de la comarca, desprovisto de ellas, permanece despoblado.

Este país, cuyas tradiciones se remontan á antiquísima fecha, y que ha suministrado numerosos asuntos á poetas é historiadores, está, á pesar de todo, casi desconocido. Inexactísimas fueron las nociones que sobre él tuvieron los antiguos: han aspirado á penetrar allí los modernos con nombres y trajes orientales y hasta haciéndose musulmanes (7). Especialmente la expedición danesa dirigida por Niebuhr obtuvo oportunos resultados. Las guerras de Mehemet Ali, bajá de Egipto y la creciente civilización de este último país, ayudan á describir mejor la patria de los árabes, rasgando el velo de supersticiosa y suspicaz intolerancia que hasta ahora la ocultaba.

Raza.—Reconocen los árabes un doble origen: por el primero se remontan á Yoctan, hijo de Heber y nieto de Sem, que dió á luz á Saba, y éste á Imiar y á Calan. Los que establecen esta genealogía son llamados árabes naturales (*al-arab, al-aribah*), á diferencia de los árabes naturalizados, descendientes de Ismael, hijo de Agar y del patriarca que fué tronco de los hebreos. Ismael, *hombre feroz, cuya mano debía ser contra todos y la de todos contra él, y cuyas tiendas debían levantarse enfrente de las de todos sus hermanos*, fué espul-

(7) Vincenzo tomó el nombre de Cheik Mansur; Badia, el de Ali Bey; Burkhardt, el de Cheik Ibrahim. Hace poco Juan Finati se hacia llamar Mohamed Hadji. Setzen, en 1809 abrazó el islamismo.

sado del hogar paterno. En su consecuencia los árabes se creen con derecho á indemnizarse, por medio del robo, de la herencia de que su autor quedó privado. Ismael, llegado á Arabia, se casó con una hija de Modad de los joramitas: de esta unión provino una raza semejante á la de los árabes que están en disposición de recitar su genealogía desde Adnan (8).

De consiguiente, son todos de raza semítica, aunque tal vez algunos descendientes de Cus, hijo de Cam, se hayan trasladado desde el Kurdistan y la Susiana á las orillas del Éufrates y al golfo Pérsico, lo cual hace que la Arabia se llame tierra de Cus en la Sagrada Escritura, esto es, de los etíopes. También es semítico su idioma (9), uno de los más ricos y armoniosos: puede seguir, merced á la composición de los verbos, los más atrevidos arranques de la mente, á la par que su armonía imita el grito de los animales, el murmullo de las ondas, el soplo del viento. Posee doscientos vocablos para indicar la serpiente, ochenta para la miel, quinientos para el león, mil para una espada; riqueza que facilita la rima, cuyo uso es frecuente hasta cuando se escribe en prosa. En tiempo de Mahoma se distinguían en Arabia dos dialectos principales: el de los imiaritas (10), y el de los coreichitas. Este último, de que hizo uso el Profeta, ha prevalecido y forma la lengua escrita. Tiene así mismo la gloria de ser la única lengua entre las antiguas aun viva, á no ser que no se quiera exceptuar el chino.

Quando salieron del país natal se mezclaron las familias, y en la actualidad el nombre de árabes, quizá en vísperas de adquirir inmensa importancia en los acontecimientos del mundo, indica tres diferentes razas: los árabes orientales, los árabes occidentales y los beduinos. Procedentes los primeros del mar Rojo, es decir, de la Arabia propiamente dicha, se perpetúan entre los fellahs y los artesanos de Egipto y de los países fértiles del Africa. Son de estatura algo más que mediana, robustos, bien formados; tienen la tez morena y elástica, ovalado el rostro. No carecen de hermosura las mujeres: tienen los miembros bien contorneados, de regular proporción los pies y las manos: tienen magestad en su modo de andar y en su apostura.

Es la segunda raza la de los árabes africanos oriundos de la Mauritania, y no se diferencia de

(8) Fresnel distingue tres naciones: los árabes, que forman nueve tribus de pura sangre; los *moutaribes*, no puros, descendientes de Catan; los *mustaribes*, vástagos de Ismael. *Almustaribes* quiere decir árabes por merced.

(9) Niebuhr había oído hablar de inscripciones antiguas: posteriormente fueron halladas y estudiadas por Cruttenden y Wellsted. Fresnel cree que en el Adramot subsiste el antiguo idioma. En la Arabia meridional han descubierto los últimos viajeros ruinas de ciudades é hipogeos.

(10) Este nombre ha sido transformado en los idiomas del Oriente, en omeríticos, en imirenos y omirenos.

la primera. Sus usos son los mismos, poco más ó menos, y su ocupacion ordinaria es cuidar rebaños de ovejas, de camellos, de caballos; tienen la cabeza rapada y se dejan crecer la barba. Llevan las mujeres larga cabellera, y se la tiñen á menudo así como las cejas, de colores más ó menos oscuros. Se pintan sus piés y manos hasta la estremidad de los dedos con un color amarillo dorado; hombres y mujeres gastan un turbante de telas, más ó menos ricas, según su condicion respectiva.

Beduinos.—En todos tiempos el menor número de los árabes se dedicó al cultivo, tuvo habitaciones fijas y bienes raíces. El resto de las tierras es comun como el aire y el agua y los nómadas (la tercera de las razas que hemos mencionado), libres como la gacela que cruza sus desiertos, pasan una vida errante al raso y son designados con el nombre de senitas ó beduinos (11), divididos en tribus que ningún vínculo une entre sí.

Su aspecto es semejante al de los demás árabes, si bien que en sus negros ojos fulgura más vivo fuego. Tienen menos relieve las líneas de su rostro tostado por el sol, y sus personas no son tan robustas, aunque sí ágiles en estremo. Ejercitados desde la infancia en montar á caballo y en servirse del arco y de la lanza, poseen un espíritu despierto, carácter altanero é independiente. La mayor parte de ellos recorren en todas direcciones el desierto de la Siria; hay algunos que permanecen todo el año en los lindes de fértiles terrenos á orillas de las incultas: otros aguardan la mala estación para acercar sus rebaños á las féculas campiñas del Irak y de la Caldea, desde donde suben á los confines de Siria, para alejarse de allí al retorno del buen tiempo. Vagabundos de esta suerte á estilo de los patriarcas, hacen alto donde hallan manantiales y pastos para sus bestias: agotados aquellos y arrancados éstos, se encaminan á otra parte, trasladando de lugar á lugar sus campamentos, que á veces se componen de ochocientas tiendas. Llegados al punto donde quieren acampar, levantan sus pabellones de piel de cabra, cada uno con dos divisiones para los hombres y para las mujeres: planta su lanza en el suelo el padre de la familia, ata allí su caballo trabándole las patas, mientras que se agrupan entorno las cabras y los camellos.

En verano se viste el beduino una camisa de algodón basto, que cubren los ricos con un traje de seda y la mayor parte con un manto de lana (*habba*) que es doble de largo que la estatura y con aberturas para la cabeza y los brazos. Se cubren la cabeza con el *keffíe*, pañuelo enrollado, una de cuyas puntas cuelga sobre la nuca y dos sobre las sienas. Sus cabellos, nunca cortados, caen en largas trenzas sobre sus hombros. Usan por armas el

(11) Σκίτην tienda, pabellon. *Beduy*, habitante de la llanura, del desierto.

sable y á veces una maza, y siempre el *jerid*, especie de javelina que manejan con maravillosa destreza.

Vestidas las mujeres poco más ó menos del mismo modo, nunca se quitan su velo, y se cargan de sortijas, de zarcillos y de brazaletes: se tiñen de amarillo las manos y los piés (pues andan descalzas como los hombres), de encarnado las uñas, de negro los párpados, y á veces dibujan figuras en su cuerpo. Esto no las impide parecer hermosas á sus amantes y á los poetas, que encomian sus ojos, dulces y lánguidos como los de la gacela; sus caderas, atrevidamente pronunciadas, su talle flexible como el junco ó el *jerid*, las granadas de su seno, su negra y rizada cabellera, flotando sobre su cuello largo y gracioso como el del camello (12).

Costumbres.—El hombre se puede casar con muchas mujeres, aunque generalmente se contenta con una, ó á lo más dos cada uno; pero cambian á menudo de ellas, dado que el marido puede repudiar á la suya sin más pretexto que su antojo. El que aspira á la mano de una doncella envía á un amigo para que se la pida á sus padres: si ella consiente, da su padre el asentimiento: en vez de recibir un dote, debe señalárselo el esposo á su consorte para el caso en que la repudie. Algunos días después del contrato, lleva el amante á sus futuros deudos un cordero que degüella, y esta sangre consagra la union. Se entregan al júbilo, y durante la fiesta, ocultándose la joven esposa por medio de una fingida fuga, es cogida y llevada á la tienda levantada aparte para la noche nupcial. Si el matrimonio no es feliz, vuelve la mujer al seno de su familia, y el esposo no puede pedirla de nuevo; pero le asiste el derecho de impedir que contraiga otro enlace.

Los árabes no usan apellidos; y lo más frecuente es que se distingan por el nombre de su padre anteponiendo al suyo *ben* ó *eben*, que á veces los europeos han cambiado en *aven*, ó bien que deriven su apellido de su descendencia; así Mahoma fué llamado *Abu'l Kassem*, padre de Kassem, y el primer califa *Abu'l Bekr*, padre de la virgen. Esta palabra antepuesta *abu* significa en sentido metafórico, poseedor, dueño, inventor de alguna cosa. Los reyes imiaritas hacían preceder su nombre de la palabra *du*, en plural *advá*, esto es, poseedor, propietario. Forman muchos nombres de *abd*, siervo, y *kader*, *raman*, fuerte, clemente, ú otra calificación de la divinidad. Tienen con frecuencia algun título pomposo, pintoresco ó injurioso, como *Ayala* el inconstante, *Daldal* el trémulo, *al Mest* el borracho, *Asfar* el rojo, *al Cherif* el ilustre, *al Ahmed* el deseado, *Saddik-Alá* el testigo de Dios, *Emad el-Dulat* el sosten del Estado, etc. (13).

(12) Véase el Cantar de los Cantares.

(13) Si hubiera querido vulgarizar estos nombres, me habria separado extraordinariamente del uso; pues que diciendo el *Elogiado*, *Abraham*, *Benjamin*, *Salomon*, *Esclavo*

Dan á las jóvenes nombres expresivos, tomados de las gracias, de las virtudes, de la naturaleza: *Sobeiha aurora*, *Redhya dulce y agradable*, *Nocima graciosa*, *Zahra flor*, *Saida afortunada*, *Amina fiel*, *Selima pacífica*, *Zahira florida*, *Safia elegida y pura*, *Naziha deliciosa*, *Kengie tesoro*, *Kethira fecunda*, *Maliba bella*, *Lobna blanca como la leche*, *Lulna perla*, etc. Entre los árabes de España, el octavo día después del nacimiento de un hijo era fiesta de familia, que se terminaba poniendo el nombre al recién nacido: el abuelo ó el padre, después de invocar á Alá, pronunciaba aquel nombre al oído del niño, luego lo repetía á los asistentes, y concluida la ceremonia se daba limosna á los pobres.

Impetuoso como su corcel, sobrio como su camello, el árabe es supersticioso, sanguinario, generoso, es ávido de cuentos y aventuras, y á trueque de oírlos pasa noches enteras con los ojos fijos en quien las recita. Este, modulando su voz en graciosa cantinela, relata su historia sin perdonar un detalle, una genealogía, un dialogo; y los oyentes se aficionan al héroe, participando de sus sentimientos y vicisitudes, compadeciéndose de sus infortunios, haciendo exclamaciones de admiración cuando triunfa, y rogando á Dios por él cuando está en peligro.

Es para ellos una religion la venganza, que se transmiten como una herencia, y el que perdona aparece á sus ojos como un cobarde: á veces aceptan el precio de la sangre, más con frecuencia castigan al inocente por el culpable. El menor insulto inferido á una honra escesivamente delicada, da margen á esas represalias entre particulares; entre tribus, un pozo, un pasto, un rebaño, un caballo, una mujer; y duran largos años las guerras encendidas por lo que nada vale. Interviene la religion en estas sangrientas disputas imponiendo cada año cuatro meses de tregua sagrada.

Así como es implacable su venganza, no tiene límites su agradecimiento, y profesan ciega sumision el criado á su amo, el hijo á su padre, el subordinado á su jefe. Ociosos, graves, solitarios, muestran vivacidad cuando bailan, justan, improvisan. Si llega un extranjero, recibe una hospitalidad generosa, cualesquiera que sean su categoría y su patria: el fugitivo que ha alcanzado del jefe

de Dios, *Rey justo*, apenas habria podido entenderse que queria decir *Hamed*, *Ibrahim*, *Nasah*, *Suleiman*, *Abdalá*, *Malek al-Adel*. Aun terminándolo, como vulgarmente se acostumbra en Saladino, Boadino, etc., ya se pierde el *Saha-Aldin*, santo de la fé, el *Baha-Aldin*, adorno de la religion. Siguiendo la costumbre, respecto de algunas voces generalmente aceptadas, he escrito *Mahoma*, para distinguirlo de los muchos Mohamed ó Mahomed, como los árabes pronuncian lo que los turcos dicen *Mehemed*, *Califa*, *Musulman*, *Islamismo*, *Gibraltar*, *Genizaros*, *Mezquitas*, *Ommiadas*, *Egira*, *Visir*, por *Kalifah*, *Muslemim*, *al-Islam*, *Geblarik*, *Geniskeri*, *Meschid* ó *Mesquid*, *Ben Ommiyah*, *Hejera*, *Vazir*.

de una tribu que parta con él la sal ó el pan, es protegido contra toda especie de lazos ó de violencias. Agitándose en la Meca la cuestion de averiguar cuál merecia la palma de la liberalidad entre tres jeques, se despachó al punto en que se hallaban un árabe bajo la figura de mendigo para hacer la prueba. Dirigióse ante todo cerca de Abdalá, á quien encontró con el pié en el estribo, próximo á partir para un largo viaje. Después de haber oído el chaique la súplica del fingido peregrino le da su camello con cuanto llevaba, incluidas cuatro mil monedas de oro, sin reservarse más que su cimitarra. Va enseguida el suplicante en busca de Kais; un criado le dice que está durmiendo, aunque le ruega que acepte siete mil monedas de oro, únicas que tiene en casa, y da orden de que le entreguen un camello y un esclavo. Al levantarse Kais de dormir, aprueba lo hecho por su criado y solo se queja de que no le haya despertado. Entonces se encamina el peregrino hacia la mansion de Arabá, que andaba apoyándose en dos esclavos. Luego que ha oído su demanda dice: «Yo nada tengo, aun me quedan estos esclavos, admitelos;» y tendiendo los brazos á lo largo de las paredes gana á tientas su morada.

Estos cuentos y otros muchos de la misma clase, lisonjean la curiosidad del árabe, escitan y recompensan su generosidad. Con todo, el robo y el fraude en las transacciones no son más vergonzosos entre ellos que un honrado beneficio entre nosotros.

La perpétua independencia en que viven los árabes eleva su espíritu, ennoblece su carácter y no temen ni requieren el auxilio de ninguna otra nacion. Ajenos á toda otra ostentacion son celosísimos de su nobleza. No pudiendo enlazarla como nosotros, á la propiedad territorial ó á las dignidades, la fundan sobre una larga serie de ascendientes, cuyos nombres saben recitar á veces sin interrupcion hasta los patriarcas, así como los servicios ó molestias que sus padres y antepasados recibieron de los abuelos de cada una de las tribus que encuentran á su paso.

Cultura.—Tribus enteras son estrañas al uso de las letras. Sin embargo, los árabes conocian la escritura desde los tiempos más remotos (14): quizá cuneiforme. Poco antes de Mahoma se servian de la escritura llamada imiarica, en virtud de la dinastía que reinaba á la sazón en el Yemen. Varióse después por las diversas dinastías y sectas, y

(14) Job (probablemente árabe), deseaba que sus palabras fueran escritas en la piedra ó en el plomo con buril de punta de hierro. Véase Mr. A. LANGL.—*Dissertatione storico-critica su gli omirene e loro forme di scrivere, trovate nei Codici Vaticani*. Roma, 1820.—SACY, *Memorias sobre el origen y los antiguos monumentos de la literatura entre los árabes*. En las *Memorias de la Academia* t. IV.—SETSEN, *En las min. del Oriente*, t. II, pág. 283.—CASTIGLION, *Monedas cuficas del Museo de Mian*.